

Del orbe, y en tus ruinas  
Algún día sentado el viajero,  
De tu antigua grandeza,  
De tu brillo y espléndida riqueza,  
De tu cetro que humilla al orbe entero  
El rastro no hallará.  
¿Ves cual vuelve sus ojos fulminantes  
Girándolos hácia tí?  
¿No ves como abandona ya su tienda  
El Bárbaro, y, cual negro torbellino,  
Se levantan sus huestes?  
¿No ves cómo el camino  
Les muestra, de tus cúpulas soberbias  
Señalando el reflejo peregrino?  
Mas ¿quién es que con paso magestuoso  
Tranquilo se adelanta?  
Solo, marcha sin bélico aparato,  
Y al encuentro del bárbaro caudillo  
Endereza su planta! . . .  
¿Qué sello misterioso  
Orla su frente santa,  
Que á su preseñcia augusta  
El Bárbaro indomable y orgulloso  
Se inclina respetuoso?  
La sien torva y adusta  
Serenando suave y complaciente,  
Escucha atentamente  
Del venerable Anciano  
El hablar misterioso y sobrehumano.

---

Descansa, ó ciudad, en paz,  
Del incendio los horrores  
No temas, ni los furoros  
De su fulminanté lanza.  
Retrocede . . . y de sus huestes  
Suena remoto el clarín;  
De su huella en el confín  
El polvo apenas se alcanza.

---

### EL AJUSTICIADO.

---

Cercado de antiquísima muralla  
Levántase un castillo tenebroso,  
Erizado de espesa y fuerte valla,  
Ceñido de profundo y ancho foso.  
Centinelas vigilan las entradas,  
Centinelas vigilan la avenida,  
Triples puertas robustas y ferradas,  
Triple reja calada y constreñida.  
Al traves de mugrientos corredores  
Dó fulgurán desnudos los aceros,  
Do el crujido de grillos sonadores  
Alterna con suspiros lastimeros,  
De una lámpara al rayo moribundo  
Que el calabozo alumbrá á duras penas,  
Postrado se divisa y gemebundo,  
Agobiado de grillos y cadenas.

---



¡Infelice! se acerca fatal hora,  
Un profundo suspiro tal vez lanza,  
Tal vez gime, tal vez piedad implora....

¡Todo horror sin un rayo de esperanza!

Solo un santo ministro está á su lado,  
Un ministro que en lágrimas deshecho  
Abraza al infeliz acongojado

Y le estrecha amoroso contra el pecho.

“¡Padre mio!...¿se borran mis maldades?—

¡Hijo mio!...la sangre del Cordero

Se derramó por tí; de sus bondades

¿Prenda eterna no ves en el madero?

Cuando espira ya exánime y sangriento

Aun promete corona de la gloria

Al culpable que en bárbaro tormento

Señor, dijo, de mí tened memoria.—

¡Y la muerte que dí yo al inocente

Que la vida clamaba con temblor!—

Ora él ruega por tí á Dios elemente,

Tu perdon le demanda con amor.”

Ya el murmullo resuena, crece el ruido—

“¡Padre, es la hora! ya se oye el atabal,

Ya el cerrojo da horrisono crujido!....

¡Santo Dios! qué congoja tan mortal!”

Levántate, le dicen, y al moverse

Van grillos y cadenas resonando,

En pié ya está. . . .no puede sostenerse,

Dánle el brazo, va trémulo marchando.

Cubierto con capuz amoratado  
Al lado del ministro dolorido,  
Dentro un cerco de lanzas erizado  
Se presenta al gentío estremecido.

Alza turbios los ojos un momento,  
Y abatido á la tierra los inclina....

¡Piedad! clama con lúgubre lamento,

¡Jesus mio! y lentísimo camina.

Y atabal destemplado  
retiembla mas allá,  
que al soldado  
su paso mesurado  
lento marcando vá.

Y agolpada la turba con premura  
Las angustias contempla de aquel hombre,  
Gran congoja le causa y amargura,  
Sin cesar repitiendo aciago nombre.

Y atabal destemplado  
retiembla mas allá,  
que al soldado  
su paso mesurado  
lento marcando vá.

¡El cadalso! ¡ay! descubre levantado,  
Sudor frio le baña como hielo,  
Se para. . . . retrocede horrorizado  
Anublando sus ojos denso velo.

Y atabal destemplado  
retiembla mas allá,



que al soldado  
su paso mesurado  
lento marcando vá.

En vano g!ran sus ojos;  
en valla espesa de aceros  
ha ya entrado; brutos fieros  
se agitan en derredor  
cabalgados por atletas  
de postura y faz sañuda,  
blandiendo con mano ruda  
el hierro amenazador.

Se adelanta, que en la tierra  
ya no le queda esperanza,  
tiembla, desmaya, se avanza  
muy lento, llegó por fin.  
El perdón aun... cual lejano  
luz que al abismo no alumbra,  
y que al ahogarse columbra  
el marino en el confin.

¿Quién es aquel ser terrible  
que estiende sobre él la mano,  
y que ceñudo é inhumano  
le contempla sin horror?  
¿Su boca medio entreabierta,  
sus ojos de sangre y llama,  
su tez de negruzca escama,  
su voz de espanto y temblor!

Le mira el reo azorado. . . .  
se encuentran las dos miradas,  
por un instante fijadas  
se vuelven á separar.  
El reo la faz esconde  
del sacerdote en el manto,  
quien le baña con su llanto  
y le torna á consolar.

Abrazados tiernamente  
hablan de dulce esperanza;  
mas el verdugo se avanza  
y los viene á distraer  
como atroz remordimiento,  
como fantasma de muerte,  
recordándole su suerte  
con horrible padecer.

Ya se separan por fin,  
ya el sacerdote le suelta,  
anda la turba revuelta  
entre confuso rumor:  
otra vez al Crucifijo  
besa trémulo y finado,  
y con rostro amoratado  
se adelanta con temblor.

Pasan algunos instantes,  
el gentío está apiñado  
con el rostro levantado  
y en silencio sepulcral:  
¡mil alaridos siniestros,



ayes de mortal espanto  
se difunden con el llanto. . . .  
¡ya se dió el golpe fatal!

Ronco el atabal retiembla,  
y el gentío condolido  
se retira estremecido  
de escena de tanto horror:  
solo por un largo espacio  
en su lugar permanece  
el sacerdote que ofrece  
sus plegarias al Señor.

El mundo otra vez se entrega  
á su vano desvarío,  
y el cadáver yerto y frio  
queda allá en postura cruel;  
todos evitan su vista,  
cual sombra viene á la mente,  
mas se esfuerzan prontamente  
por no pensar mas en él.

¡Infelice! de ignominia  
y cruda afrenta cubierto  
horrible, morado, yerto  
tendido yaces aquí;  
y el transeunte se aparta  
haciendo largo rodeo  
por no ver de cerca al reo  
cuyo bulto mira allí.

¡Hijo de negro infortunio!  
espiado ya está tu crimen;

¡cuántos pensares me oprimen,  
cuánta idea de dolor,  
al mirar tu boca abierta  
y esa velada pupila  
inmóvil que ya no oscila  
de la luz el resplandor!

¿Tu madre! . . . quién le dijera  
al darte su dulce pecho  
cuando con abrazo estrecho  
besos te diera sin fin,  
que en patíbulo afrentoso  
espiraría aquel niño,  
que ella en raptos de cariño  
llamaba su serafín!

¡Qué aquella cabeza hermosa  
cubierta con hilos de oro,  
que ella llamó su tesoro  
y su perla y su rubí,  
por el suelo desgredada  
yacería y polvorienta  
atestiguando la afrenta  
que el crimen marcára en tí!

En tan acerbo conflicto,  
en pena tan cruel y dura,  
en tan terrible amargura,  
al ver trance tan fatal,  
entre pensares sobrios  
al hombre, que lo contempla,



solo un pensamiento templá  
la amargura de su mal.

Ese infeliz ya no existe;  
nada siente de su pena,  
satisfecha la condena  
el alma al cielo voló;  
y aun en medio de su angustia  
y de su agonía larga  
su pena menos amarga  
la esperanza le volvió.

¡Hombres que en el polvo hundidos  
alzais la réproba frente  
y de un Dios Omnipotente  
hasta disputais el sér!  
¿teneis acaso en vosotros  
una gota de consuelo  
que en trance de tanto duelo  
amortigüe el padecer?

¿Cuando el reo os dirigiera  
aquella vista azorada  
le presentareis la nada  
como un recuerdo cruel?  
¿En sus angustias de muerte,  
al borde de inmenso abismo  
le hablareis del fatalismo  
con sus sabores de hiel?

¿Y que marche con audacia  
le direis cual varon fuerte  
arrostrando afrenta y muerte

con horrible estupidez?  
¿O que afée su negrura  
dirigiéndose al suplicio  
con negra marca de vicio  
y crimea sobre su tez?

¿No será menos amargo  
el pensar que su tormento  
con hondo arrepentimiento  
finirá con el morir,  
que no luchar de continuo  
con vuestra duda que pasma  
sentada como fantasma  
al umbral del porvenir?

Son terribles del Cielo los destinos,  
Sangre el campo y patíbulos inunda,  
Altos cedros al ímpetu tronchados  
Miramos de furiosos torbellinos;  
De altas cumbres en hoya muy profunda  
En un punto los vemos sepultados.  
De frenesí cegados  
Del mundo no borremos el consuelo. . . .  
¿Y quién al hombre mísero asegura  
Que en angustioso anhelo,  
Que en aciaga congoya y amargura. . . .  
¡Ay! del tiempo quién alza el denso velo!



**PORVENIR.**

Porvenir...! y por caos tenebroso  
Divagando mi mente

*Porvenir* repetía,

Y á mi oído zumbaba sordamente

Un ruido confuso y fragoroso;

Y oír tal vez soñaba

El rebramar del huracán lejano

Que en montañas levanta al Oceano.

Y cien generaciones desfilando

Cual fantástica hilera

De sombras y de espectros

Que en profundos abismos se sumiera;

Y otra hilera despues se levantando

Que en pos de ella se hundía,

Como cria y deshace en un instante

Visiones fantasía delirante.

Y á mi vista se hundían las techumbres

De torres coronadas

Y el alcázar soberbio;

Y en el polvo yacían sepultadas

Las maravillas y oro de sus cumbres

Cubiertas de vil greda,

Y en montones de escombros las ciudades

Y en su torno espantosas soledades.

Entre humo y cenicientas llamaradas

De volcan rebramante

Las más bellas campiñas

Sepultarse veía en un instante;

Dó colinas de mieses coronadas

Antes se levantaban,

Ahora cordilleras caprichosas

De montes, riscos, simas espantosas.

¡Ay! y el mar, dó sus aguas precipita

El Támesis umbrío,

Batiendo con sus ondas

Los terribles costados de un navío;

Y dó el pintado pabellón se agita

Con el soplo del viento,

Surcando con grosera y ruda proa

De salvages henchida la canoa.

¿Dó está la gran ciudad y sus torreones?

¿Dó está el colosal puente?

¿Dó están las ricas flotas

Que del río cubrían la corriente,

Y los varios y ricos pabellones

De pueblos poderosos,

La humareda que alzara tanta nave

Más ligera y más rápida que el ave?

Y un momento despues ni leve seña

Dó la gran isla fué,

Y ni el ave encontrar podrá una peña

Para posar su pié;

Pues que como de arena el leve grano

El mar se la tragó,



Lanzando con furor bramido insano  
Sus ondas revolvió.

El austral marinero  
Estenderá sombrío y silencioso  
Sus ojos por el piélago espantoso,  
Y al pasar por allí  
Tal vez conservará leve memoria,  
Vago recuerdo agitará su mente,  
Y dirá indiferente:

¿Quién sabe si era aquí?

¡Ay dolor! y al mirar que cerea se alzan  
De montes cordilleras erizadas,  
En busca de regiones habitadas  
Tal vez se acercará.

Al pié que baña magestuoso el Sena,  
Y al hallar por do quier bosques de encinas  
De cien pueblos ilustres las ruinas  
Sin pensar pisará.

Y del monte á las cimas elevadas  
Treparán los salvages aturdidos  
Lanzando destemplados ahullidos  
Corriendo á se esconder;  
Tal vez se pararán por un momento,  
Y al revolver inquietos tosca cara  
Alzarán los marinos algazara  
Para hacerlos correr.

¡Insensato viajero! que á infelices  
El desprecio prodigas y la risa,  
¿Sabes acaso do tu planta pisa?

¿Sabes tú que hombres ves?  
Tu país en el globo no existía,  
Y estaba aquí pujante y orgulloso  
Un gran pueblo ilustrado y poderoso  
Que se llamó francés.

Socava las entrañas de esa tierra,  
Y tal vez de navíos estrellados  
Breves trozos en piedra ya trocados  
Con asombro hallarás;  
Del padre de esos hordas que desprecias  
Esculpido tal vez verás el nombre,  
Y á despreciar la vanidad del hombre,  
De ellos aprenderás.

¡Ay dolor! atrevido viajero  
Entre zarzas y ramas un sendero  
Abriendo con afán y pena dura,  
Rendido de cansancio y amargura  
Penetrará hasta aquí;  
Y entregado á sí propio, pensativo  
Meditará aquí mismo do yo escribo,  
Y no sabrá que fui.

¡Porvenir! ¡Porvenir! y alzando el vuelo  
Mi mente levantábase hasta el cielo,  
Y veía la tierra  
Como pequeño grano,  
Y al hombre cual gusano  
Que por ella se arrastra con faena;  
Y al mirar cómo olvida  
Que fugaz, cual la risa del contento,



Pasará en un momento  
El durar de su vida,  
Su fátua vanidad, su orgullo necio  
Miraba con sardónico desprecio.

Que es el hombre cual gota de rocío  
Que al ardoroso sol seca en estío,  
O cual brilla un momento  
Una leve centella,  
O cual dura la huella  
Que en el polvo imprimiera el viajero:  
Y el sudor me bañaba,  
Y mi pecho oprimido  
Un agudo gemido  
Dolorido lanzaba,  
Y de blanda tristeza llena el alma  
Tal vez lloraba en apacible calma.

¡O Patria mia! tú también desiertos  
Verás tus campos y tus prados yertos:  
¡Qué se hicieron tus fértiles campiñas,  
Tus anchas vegas y doradas viñas  
Que matizaba el sol!  
Ni sombra quedará de nuestra gloria,  
Ni habrá quienes recuerden la memoria  
Del renombre español.

Mas allá, en el confin del horizonte,  
De las olas hirvientes  
Nacian nuevas tierras  
Que luego se poblaban de vivientes;  
Ancha llanura y elevado monte

Sus lugares trocaban,  
Y dó antes abrasados arenales,  
Hora vegas sembradas de frutales.

Los mares undulantes se agitaban  
Con rebramar bravío  
Las tierras embistiendo  
Como abordan á veces un navío,  
Y cien vastas ciudades se anegaban;  
Yo veia su torres  
Hundirse cual de naves estrelladas  
Los mástiles con velas replegadas.

---

LA VOZ DEL DESENGAÑO.

---

¿Qué tienes, corazón mío,  
qué desazon te devora,  
quién acibara esa hora  
tan amarga para tí?  
Qué ¿te fastidia del día  
la luz tan clara y hermosa?—  
¡Ay, que noche tenebrosa  
mas grata me fuera á mí!  
¿Qué busco yo en esa tierra  
donde nada me contenta,  
donde todo me atormenta,  
donde gimo sin cesar?  
¿Es acaso un infortunio



sueño de muerte profundo,  
y ese que llamamos *mundo*  
para siempre abandonar?

Cuanto en torno me rodea  
todo es frío, nada place,  
nada cumple y satisface  
esa desazon febril:  
yo bien oigo en torno mío  
el bullicio y risotada  
de esa turba abandonada  
á su gozar infantil.

---

Mas su risa  
solo me escita tristeza;  
lo que apellida belleza  
mi pié pisa;  
me alargan alegre mano,  
es en vano;  
que en mi corazón no cabe  
esa alegría de juego,  
que del pecho mío el fuego,  
ese gozo no apagára.

---

Bien lo sabe  
la mi mente, que estraviada  
Recorre un espacio inmenso  
cuando pienso  
que yo y cuanto me circunda

en la soledad profunda  
yaceremos so una losa  
en la hoya tenebrosa;  
¿y no ve esa turba insana  
que tal vez será mañana?

---

Destino triste del hombre  
envuelto en oscuro abismo,  
á huir siempre de sí mismo,  
ó llorar y padecer;  
pero ¿qué vale esa fuga  
si nos viene á pesar nuestro  
como un recuerdo siniestro  
la idea de nuestro ser?

---

¿Qué son esas algazaras  
Ese bullicio y orgía  
que de noche en pos del día  
nos convidan sin cesar?  
¿No es acaso disfraz vano  
con que el mundo dice: olvida  
el destino de tu vida  
si te quieres aliviar?

Pero ¿qué vale el olvido  
ni qué vale un sorbo frío  
en el calor del estío  
para calmar cruda sed,



si en medio de los festines  
sale una mano terrible  
nuestro destino inflexible  
escribiendo en la pared?

¡Ay! no nos ríamos, nó,  
lloremos sí, pues el llanto  
tiene un apacible encanto  
que calma dura crudeza;  
la tristeza  
á veces es tambien blanda  
y halagüena.  
Separada de su banda  
triste avecilla en la peña  
posa tal vez; y su trino  
es mas grato y peregrino  
que el gorgojo turbulento  
y el destemplado chirrido,  
con que fatiga el oido  
turba de voces sin cuento.

#### LA MUERTE DEL ESCÉPTICO.

¿Veis cual cubre el sudor su ajada frente,  
Cual se agita y revuelve sin descanso  
Inquieto por le lecho del dolor,

Y sus hijos sollozan tiernamente,  
Y su esposa inclinada sobre el lecho  
Dolorida le enjuga su sudor?

Jamas alza sus ojos hácia al cielo,  
Su mirar el del crimen y la muerte,  
Pesaroso suspiro tal vez lanza;

Ni en sus labios palabras de consuelo  
Ni un solaz que sus penas aligere,  
Todo horror sin un rayo de esperanza.

Acerba duda, que con mano yerta  
Su corazon helaste para siempre!  
¡Maldicion á su orgullo y su saber!

¡Ah! la tumba á sus piés está ya abierta  
Y una voz incansable le repite:  
“O la nada ó un eterno padecer. . . .”

Aléjate, ¡insensato! de su lecho,  
Endulzar quizá piensas su amargura  
Hablando de infeliz celebridad.

Crees calmar la angustia de su pecho  
Enfático leyendo fragil hoja  
Que anuncia con dolor su enfermedad.

Ves? á otro lado vuelve su cabeza,  
Pesaroso te aparta con su mano,  
Le fatigas; no quíerete escuchar.

Mas opaca le cubre la tristeza,  
Mil recuerdos se agolpan á su mente  
Que le arrancan profundo suspirar.